parar el caballo y saludarla se mostró Gilberta tan confusa y avergonzada que no parecía sino que había sido sorprendida cometiendo alguna falta. Sin embargo, nada más sencillo de explicar que su presencia allí, conocidas sus aficiones y el estado de la lucha electoral en aquellos días. Había salido con la señora Herblay y Emilio Ducasse, y mientras éstos corrían acá y allá trabajando en pro de la candidatura Verdier, animando á unos electores y conquistando á otros, Gilberta les esperaba allí leyendo una novela de Rhodo Broughton «tan sola,» como decía Roberto.

La contempló risueño, encontrándola tan encantadora como siempre, con su traje negro, que resaltaba más en la verde penumbra del bosque.

¿Salía amenudo á pasear por allí? ¿La gustaban como á él aquellos bosques? Había en esto maravillas alrededor de Melun. Y lleno de entusiasmo, la habló de *Franchort*, de *Apremont*, del *Bois-Breau*; pero pensaba menos en lo que la decía que en contemplarla.

Ella se había puesto en pie, conservando el libro abierto en la mano y medio oculto el rostro por el sombrero de paja que llevaba puesto.

Una agradable y melancólica sonrisa se dibujaba en sus labios; sonrisa que acariciaba á Roberto como una de esas melodías que, al unísono de nuestros pensamientos, acarician nuestra alma. Experimentaba en su presencia extraña sensación. ¡Aquella

era la mujer nacida para él, la que le hubiera amado y á quien él debió amar tan solo!

Todo un poema de ternura, dulces palabras de amor que no esperaba oír jamás, le parecían vagar en los castos labios de la joven. ¿Por qué no había tenido, por qué no había de tener el derecho de decir todo lo que pensaba de ella?

La vida suele jugar esas malas pasadas; hace pagar las deudas de la juventud con toda una existencia.

Entre Gilberta y él—llegara ó no á llamarse la señora de Montbrun—estaba Elena.

Cuando vió á lo lejos el carruaje de la señora Herblay que se aproximaba, saludó á Gilberta y se apresuró á retirarse antes de que pudieran verle.

Al día siguiente, sin haberse puesto de acuerdo, se encontraron en el mismo sitio. Una especie de magnetismo les empujaba el uno hacia el otro, y seguían viéndose todos los días.

Gilberta no se preguntaba si era casual ó premeditado lo que hacía llegar al Conde hasta ella. A haberlo reflexionado, no hubiera vuelto al bosque. ¿Pero qué pasaba allí, que no podían confesar á su tío, decir á todo el mundo?

El comandante, á quien no dejaban reposar un momento, arrastrándole á continuadas é interminables reuniones, volvía cada vez más preocupado y más ansioso de que le dejaran en paz.

La señora Herblay, aunque callaba, veía con dis-

gusto que *La Anguila* atacara de manera tan innoble á Verdier y á Gilberta, y desplegaba todas sus fuerzas para luchar con el enemigo. Gilberta, esperando con impaciencia el resultado de la lucha electoral y siempre con su libro, se internaba en el bosque, en donde, reflexionando lo amargo de la existencia, daba rienda suelta á sus lágrimas. Había tomado la costumbre de ver todos los días á Roberto, y aunque no se decían nada, este mismo silencio tenía singular encanto para ellos. Un día volvió á casa más triste y pensativa que de ordinario. Roberto no había acudido á la cita apesar de haber dicho el día antes que tenía que ir á Fontainebleau por aquel mismo camino. La joven pensó en alguna desgracia al ver trascurrir dos días sin que el Conde hubiese parecido por el bosque.

Estuvo tan nerviosa toda la velada que la señora Herblay comprendió que algo extraordinario la ocurría; pero no se determinó á preguntarla nada. Ducasse hablaba de política con el señor Charvet, y Enriqueta les escuchaba, repasando las hojas de un volumen de economía social, mientras que Verdier debatía con sus adversarios en una reunión á la cual no había creído conveniente acompañarle el senador. El pensamiento de Gilberta estaba en otra parte, pensaba en el Conde de Montbrun. ¿Qué le habría ocurrido?... Su corazón no la engañaba. Alguna desgracia le habría impedido verla. «¡Hasta mañana!» la dijo, y no le había vuelto á ver.

La joven pasó una noche cruel, atormentada por la incertidumbre y el temor. Ningún pensamiento lisonjero que calmase su pena acudía á su mente. «¿Por qué no he de ir á Melun?—pensó por fin.—Mi tío necesita guantes, y al mismo tiempo que se los compro indagaré lo que le pasa al Conde.»

Sabía perfectamente dónde estaba situado el hotel Montbrun; pero vacilaba en dirigirse hacia allí; maquinalmente, y sin darse cuenta de ello, vagaba por las calles de la villa, apareciendo á su vista en todas las esquinas los carteles de diversos colores en que se leían distintamente los nombres de *Verdier*, de *Garousse* y de *Favouillet*, carteles en que se combatía ó recomendaba la candidatura de su tío. Le parecía que éstos la eran indiferentes y que la elección de que trataban no la interesaba en nada. Siguió por la avenida Thiers, bajo los tilos, entró en el boulevard de San Ambrosio y, siguiendo la calle del mismo nombre, en donde su tío había nacido, contempló desde allí el Sena y los jardines regados por sus aguas, viendo á lo lejos las dos torres de *Saint Etienne*. Sin confesarlo erraba por las calles con la vaga esperanza de encontrar á Roberto en ellas.

No se determinaba, apesar de sus vivos deseos de saber si algo le ocurría, á ir hacia el hotel Monbrun. ¿Con qué derecho se había de presentar allí? Además, ¿no era una locura creer que porque hiciera dos días que no veía al Conde le había de haber ocurrido alguna desgracia? ¡Qué insensatez!...

¿Pero por qué la había dicho «hasta mañana,» si no había de volver á parecer?...

Caminó entonces al azar, encontrándose, sin saber cómo, en la plaza de *Notre-Dame*, en que se eleva triste y sombría como una fortaleza la cárcel del partido, frente por frente de la iglesia, que parece otra prisión. Los cristales de la una dan frente á las rejas y barrotes de la otra. Por uno de los ventanillos que existen en las puertas de la iglesia se veía un calvario, con un Cristo blanco, exangüe y desolado, sobre una cruz de madera de color rojo sanguíneo. Gilberta pensó detenerse allí y orar. Estaba muy triste y sentía que las lágrimas se agolpaban á sus ojos. De pronto dejó la plaza de *Notre-Dame* y se encaminó con decisión al hotel Montbrun.

Después de todo—pensaba—nada tenía de particular el que preguntara por el Conde y se fuese sin entrar. Cuando llegó al hotel, su decisión flaqueó y no se atrevió á llamar. Decididamente estaba perturbada. Contemplaba el edificio, elevado é imponente, con fría abstracción. Por la pesada puerta entreabierta se veía el patio, cuyas altas paredes estaban cubiertas completamente de yedra, que parecía negra á causa de su frondosidad, y como un anacronismo que asombraba, se veía un mechero de gas, que sin duda iluminaría alguna vez aquel recinto (como flor roja y luminosa de su follaje), ocupando el lugar de algún humoso reverbero de pasados

tiempos más en armonía con aquel hotel triste y sombrío.

Se preguntaba si debía llamar, empujar aquella puerta, entrar. ¿Pero con qué derecho iba á llamar? ¿Por qué se había encontrado al Conde en la senda de la vida? ¿Por qué había adquirido la costumbre de verle todos los días desde hacía algún tiempo, y por qué no le veía hacía dos días? ¿Y por tan fútiles razones, ella, desconocida allí, iba á llamar á aquella puerta y preguntar si le había ocurrido algo al Conde? Vamos á ver—se decía,—¿á qué he venido yo aquí?... He venido por los guantes de mi tío. ¡Los guantes de su tío! ¡Ni siquiera se había vuelto á acordar de ellos!

Se alejaba ya del hotel Montbrun, cuando sintió un ruido, que notó ser de pesada puerta que se cerraba, y volvió la cabeza: era Roberto que salía.

No pudo contener un grito de satisfacción, después de lo cual, avergonzada y confusa, apretó el paso todo cuanto pudo para volver la esquina sin ser vista; pero Roberto, que la conoció en seguida, corrió hasta alcanzarla. Venía pálido, desencajado, y como si estuviera bajo la impresión de alguna gran desgracia.

—¿Qué tenéis?—le preguntó Gilberta parándose.

El Conde estaba convulso, y su rostro parecía haber envejecido veinte años más en tan solo dos días.

La contestó con una especie de grito que alarmó á la pobre joven.

—¡Ah! ¡Si supiérais lo que me pasa!...—y sin pronunciar una palabra más continuó andando, como si temiera que el tiempo le faltase.

Gilberta le seguía, con intención de dejarle en seguida... ¡Lo había adivinado!... ¡Una desgracia! ¿Pero qué clase de desgracia era esa?

Bajaron hacia la calle de las Campanas, y el sonido de las de la iglesia, que parecían tocar á muerto, hizo estremecer al Conde.

—¡Ese doblar de las campanas me hace mucho daño! Venid, huyamos de él.

Diciendo esto apretó el paso en dirección al camino de hierro.

Gilberta, sin darse cuenta de ello y sin pensar en que las gentes les miraban con curiosidad, seguía al Conde.

—¿No os ha sucedido nada?—preguntó al fin, admirándose de haber podido hablar: tan grandes eran su turbación y aturdimiento.

—¿Por qué me preguntáis eso?

—No lo sé... Parece que estáis intranquilo... ¿Acaso vuestro padre?...

—Mi padre está bueno, gracias á Dios.

—¿Es que... que?...—balbuceó Gilberta; y antes de que Roberto pudiera contestarla vió en su imaginación, pero esta vez pálida, enferma y amenazada de muerte, á la niñita que, como un rayo de luz, había percibido un año antes en las costas de Francia.

Y nada había dicho aún el Conde, cuando notó que ella lo había adivinado y que pensaba en la niñita, de quien no habían hablado jamás.

—¿Os acordáis?—preguntó bruscamente Roberto, bien cierto, en efecto, de que se acordaba del encuentro, de su fuga y de Cipriana.

La joven dudaba si debería contestar.

—¡En las costas de Gracia, un día... me visteis con ella!...

—¿La niñita?—preguntó Gilberta.

—Mi niñita, mi hija—respondió el Conde con apasionada ternura, en la que además se notaba un dolor violento.

—¿Está enferma?—balbuceó la joven.

—¡Con pocas esperanzas de vida!—dijo moviendo tristemente la cabeza, esforzándose al mismo tiempo en contener las lágrimas y volviéndose bruscamente hacia la iglesia, cuyas campanas seguían doblando, exclamó en voz alta:

—¡Qué daño me hacéis persiguiéndome con vuestros tañidos!...

Le parecía que extendían su eco hasta el lecho de la pobrecita niña moribunda.

—¿Qué es lo que tiene?—se atrevió á preguntar aún Gilberta.

—Una fiebre tifoidea...

Y entonces Roberto, sin dejar de apresurar el paso, refirió á la joven detallada y minuciosamente

todas las alternativas de la enfermedad desde que la niña había empezado á sentirse mal hasta el momento en que él había salido de la casita de Avon para ir á Melun á tomar el tren y dirigirse á París en busca de un médico afamado. La enfermedad presentaba ahora aspecto grave. El doctor Bouvet, de Fontainebleau, á quien había llamado apresuradamente, se mostraba intranquilo por el estado actual de la enferma. Había otra cosa que aterraba á Roberto, y era que los Debray, si bien eran gentes muy honradas y capaces de sacrificarlo todo á su servicio, carecían del tacto y de la delicadeza necesarios para cuidar á la enfermita. ¡Eran necesarios tantos cuidados en una enfermedad semejante! ¡Se necesitaba el tacto, la intuición de una madre, para administrar los medicamentos venenosos, los vomitivos, aplicar los vejigatorios!...

La palabra madre le recordó á Elena, y una sacudida nerviosa agitó todo su cuerpo al considerar que tenía que defender á su hija, no sólo de la enfermedad, sino que también de su propia madre.

—¡Es decir, que tenéis miedo!...

—¡Miedo de perder á mi pobre hija! Sí. Y lo que me horripila es el convencimiento de mi impotencia. ¡Ah, qué horrible es no poder nada contra el mal que le arrebata á uno los seres más queridos! ¡Si dando hasta la última gota de sangre de mis venas pudiera salvarla, la daría sin vacilar! ¡Yo me pregunto qué es lo que he hecho en toda mi vida en vez

de aprender!... ¡Médico, sí, si yo fuera médico, creo que la salvaría!—añadió lleno de fe y con voz vibrante.

Luego ocurría que á él le faltaba la habilidad necesaria para cuidarla, y más aún para encontrar las palabras cariñosas, los mimos, que obligaran á la niñita á tomar los medicamentos y dejarse poner los vejigatorios que la martirizaban... ¡La pobre señora Debray—repetía Roberto—pone cuanto está de su parte en sus cuidados; pero no tiene la suficiente inteligencia, el tacto necesario para cuidarla!... El tenía mucho miedo, vivos temores de que la señora de Debray no sabía administrar las prescripciones del doctor, las pociones del farmacéutico...

Mientras que el joven Conde se expresaba así, Gilberta sentía en su interior un inmenso deseo de sacrificarse en todo y por todo, cierta especie de sentimiento maternal en estado latente, impulsos de abnegación propios de una Hermana de la Caridad. Acudían á sus labios algunas preguntas espinosas, que no osaba formular; hubiera querido preguntar á Roberto si no contaba en su familia, entre sus relaciones, con alguna mujer que pudiese, en Avon, ocuparse de cuidar á la enferma.

Por fin, cerca del camino de hierro dejó escapar la pregunta que tiempo hacía la abrasaba los labios:

—¿No hay en vuestra familia alguna mujer que pueda dedicarse á cuidar á la enferma?

—¡Una mujer!

Vió la joven contraerse aquel rostro varonil y

comprendió la indiscreción que había cometido, poniendo cruelmente el dedo en la herida. Reflexionaba el modo de disculparse, cuando Roberto replicó bruscamente:

—¡No tengo á nadie á mi lado! ¡A nadie!

Esta frase de desconsuelo, este grito de dolor causó tan honda pena en Gilberta, que, instintivamente, sin darse cuenta de ello y guiada tan sólo por un impulso de compasión, por una emoción que estuvo á punto de hacerla sollozar, tendió la mano á Roberto, y mirándole con dulzura,

—¿Yo no soy nadie?—le dijo.

—¡Vos!...

—¿Por qué no he de ayudar yo á cuidar á vuestra enferma?

En vez de responder, Roberto sintió deseos de estampar un ósculo en aquella mano, que aún conservaba entre las suyas, y todo su reconocimiento, la violenta, turbación de su alma se reflejó en sus ojos, que ahora tenía fijos en Gilberta, á quien contemplaba con pasión en fervoroso éxtasis.

—¿Vos, señorita... vos?

Y como ella insistiese, preguntándole una y otra vez, él la dió los nombres de los Debray, la indicó la calle... una casa blanca, próxima á la iglesia, en dirección del bosque...

Le parecía á Roberto que Cipriana no corría ya tanto peligro, y que un hada benéfica iba á velar por ella.

—Pero, ¿y su madre?...—interrumpió de pronto y á su pesar, Gilberta, con suave acento.

—¿Su madre?—replicó Roberto, palideciendo.

—¿Ha muerto?

—¡Sí! ¡Al menos para mí! La madre no existe ya—añadió bruscamente.

Dejó deslizar la mano de Gilberta, y se alejó precipitadamente antes de que le ahogase el llanto.

La joven no le perdió de vista hasta que se hubo internado en la estación del ferrocarril.—Dirigíase á París en busca de una eminencia, en busca del doctor Fargeas, á quien iba á consultar, á suplicar que salvase á su hija.—Y en tanto la joven permanecía inmóvil, absorta con lo que se había atrevido á decir, en un momento de arranque, por decirlo así, pero sin olvidar las señas que acababa de darle Roberto... Y en la casa blanca de Avon, próxima á la iglesia, veía, ó mejor dicho, creía ver, pálida, en su lecho de enferma, á la encantadora niña de las costas de Gracia, á quien desde luego se proponía, por su parte y con todas sus fuerzas, arrancar á la muerte.